

JON AZKUETA

HUYENDO DEL VICIO



CROSS
BOOKS

JON AZKUETA

HUYENDO DEL VICIO

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS 2023
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Jon Azkueta, 2023
© de la ilustración de cubierta: Jan Sumalla, 2023
© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2023
ISBN: 978-84-08-27309-7
Depósito legal: B. 9.842-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



LA CONFESIÓN

Maria

—Ave María Purísima —dije y me dejé caer.

Mis rodillas chocaron contra el frío suelo de piedra de la iglesia, pero estaba tan borracha que apenas sentí dolor. Empezaba a pensar que confesarme después de una noche de fiesta no era buena idea; podría añadirla a mi larga lista de decisiones de mierda.

—Bendígame, padre —seguí—, porque he pecado.

—¿Qué pecado ha cometido?

—Muchos.

—Bueno, lo importante es que ha venido arrepentida.
¿Hace cuánto que no se confesaba?

Ladeé la cabeza mientras hacía cálculos.

—Creo que no piso una iglesia desde mi comunión.

—Vaya —se decepcionó.

Quise compensarlo:

—Eso sí, cuando era pequeña mi abuela me traía todos los domingos. Ahí estaba yo —señalé los bancos de la primera fila—, aguantando todas sus chapas.

—Dirá las del padre Luis —me corrigió—. A mí me trasladaron aquí hace un par de años. —Se presentó—: Me llamo Conrado.

—Encantada, Conrado. Yo soy Maria.

—Como la Virgen. Qué hermoso.

—Sí. Aunque a mí poco me duró lo de virgen.

—Oh. —Carraspeó—. ¿Se refiere a...?

Asentí y me lancé:

—Vayamos al grano, padre. Soy muy viciosa. En plan —me adapté a su lengua—... me encanta pecar.

—¿A cuál de los pecados capitales nos enfrentamos?

—¿Cuáles hay?

—La ira, la soberbia, la pereza, la gula, la envidia, la lujuria y la avaricia.

—Pues a un combinado de todos ellos.

—¿Todos?

—Sobre todo al de la lujuria.

Antes de que me juzgara, continué:

—Pero quiero cambiar ¡y enamorarme! En serio. ¡Quiero sentir esa sensación Disney tan bonita! Yo no sé lo que es eso. Yo en *Frozen* hubiera dejado sin zanahoria al muñeco de nieve, en *Peter Pan*, sustituido a Campanilla con mis polvos mágicos, y qué decir de lo que hubiese hecho con Pinocho.

—Ya. No siga, por favor.

—Lo siento, padre Conrado. No hablo yo. Hablan los chupitos que me he tomado.

—Eh... —Se quedó sin palabras—. Oiga...

—Oigo.

—¿Se está burlando de mí?

—Ojalá, pero no. Necesito su ayuda.

—¿Ayuda?

—Sí, padre. Llevo al diablo dentro. Solo me faltan los cuernos, a diferencia de a mis exparejas. —Reprimí una risa pícaro—. Menudos *cornetillos* se llevaron... —Me centré—: Si usted, padre, pudiera ayudarme a alejarme de la carne para

adentrarme en el interior de las personas... Quiero quererlas por su forma de ser y no por qué talla calzan. ¿Me sigue?

—Por desgracia sí. Y verá, Maria...

—Maria Castro, sí. Esa soy yo —lo interrumpí.

—Dios la ayudará a encontrar el amor, pero para ello ¡deje de pecar!

—Ya. —Chasquéé la lengua—. Yo no puedo esperar a su jefe. Necesito algo eficaz.

—¿Algo eficaz? —repitió molesto—. ¿Usted es creyente?

—No mucho —admití—. Es que el psicólogo me estaba arruinando, necesitaba consejo y...

—¿Seguro que esto no es una cámara oculta?

—Sí, para TikTok. No tengo otra cosa que hacer —ironicé.

—¡Oh! Maldita creación del diablo.

—¿Cuál?

—El *Toctoc*.

—¿Toc, toc? Los nudillos en la puerta.

—¿Qué dice?

—¿Y usted, padre?

—Oiga. —No llevaba ni un cuarto de hora con Conrado y ya lo había desesperado—. Me he perdido en la conversación.

—¡Y yo en la vida!

—Maria...

—¡Padre! —lo detuve y pedí—: Ayúdeme. —Hice pucherros frente a la rejilla que nos separaba—. Por favor.

Tras mi patética súplica, se hizo el silencio.

Creí que pronto me mandaría a paseo, hasta que me preguntó:

—¿Quiere que le diga lo que pienso?

—Obvio. Me he plantado aquí, aún borracha. He venido descalza porque se me ha roto un tacón, no porque esté haciendo el rollo ese de la penitencia. Y mire qué pintas llevo.

—Señalé mi vestido repleto de manchas de alcohol y quién sabe qué—. ¿Cree que he venido por gusto?

—No, no lo creo.

—¡Pues entonces!

Conrado cogió aire de manera profunda y acabó:

—Mire, si insiste, mi consejo es que se aleje de esta ciudad por una temporada. Debe renovar su entorno para así poder renovarse por dentro.

—Por mí me iría a Ibiza. Pero no tengo dinero.

Solté una pequeña carcajada, fruto del cansancio y no de mi característica simpatía, y me ofreció:

—Mi hermano necesita ayuda en su granja de Trespadejo. No le vendría mal que le echasen una mano. Si le interesa, puede ir a trabajar con él.

—¡Ay, ay, ay! —me emocioné—. ¿En serio?

—Sí. La única carne que encontrará allí será la de Txalote. Le aseguro que estará lejos de todo tipo de tentación sexual y podrá centrarse en lo que de verdad importa en esta vida.

—¿Txalote?

—Es un cerdo —aclaró.

—Ay, padre. No me lo ponga tan difícil.

—¡Cerdo de animal! ¡De oink, oink!

—Ah. Sí, sí. Obvio.

—Bueno, ¿qué? Maria Castro, ¿le interesa?

Sin pensarlo demasiado, me levanté y, bajo los rayos de sol que atravesaban la colorida vidriera de la iglesia, acepté:

—Dígale a su hermano que vaya preparando el corral, que llega una nueva cerda con intención de cambiar de vida.

—Virgen Santísima...

Hice una reverencia:

—Amén, padre.

¡Dicho y hecho!

Preparada para vivir una nueva aventura, hice la maleta y cogí el primer autobús con destino a aquel perdido pueblo. Estaba entusiasmada y no sabía muy bien por qué. Tal vez la idea de cambiar de aires me hiciera más ilusión de la que creía.

Convencida por el padre Conrado, estaba decidida a aislarme de las tentaciones con el fin de centrarme en el interior de las personas.

Quería *dessuperficializarme*, no fijarme tanto en el físico para no dejarme engañar por personas tan atractivas como huecas. Además, ya empezaba a pensar que era algo adicta al sexo, por lo que no me vendría mal alejarme del placer carnal por un tiempo.

Con la maleta equipada únicamente con las cosas imprescindibles, dejando en casa el móvil, el ordenador y cualquier aparato con el que pudiera conectar con lo que no fuese la naturaleza de aquel pequeño pueblo, me alejé de mi hábitat en busca de una nueva Maria Castro.

—¡Compañeros, os dejo! ¡¡¡Que me voy a Trespadejo!!!
—les había dicho a los pocos amigos que me aguantaban en la ciudad.

Probablemente, estuviese tomando otra decisión de mierda. Pero sentía que debía hacerlo.

TICKET  N°00069	TICKET  N°00069	
NOMBRE MARÍA CASTRO	NOMBRE MARÍA CASTRO	FECHA 15/06
ASIENTO 13	ASIENTO 13	TARIFA IDA
TARIFA IDA	ORIGEN VIGO	DESTINO TRESPADEJO
		MARIA 20.
		AUTOBÚS



TRESPADEJO

Leonardo

Nada más y nada menos que cuarenta grados.

No podía hacer más calor el día que me dirigía al pueblo del tío de mi novia.

Si no caía rendido yo, el que no podría seguir adelante sería mi viejo coche. La carrocería no tardaría en fundirse.

¡¡Ring, ring!!, sonó el teléfono móvil cuando cruzaba un estrecho y antiguo puente, que temía que no resistiese el peso de la sauna con ruedas que conducía.

—Moriré escuchando este moderno politono.

Suspiré con pesar, cogí la llamada y antes de que pudiese decir nada, mi novia saludó al otro lado de la línea:

—*Hi, Leonard!* ¡Soy yo!

—¿No deberías estar trabajando? —Su jornada laboral de contable abarcaba toda la mañana.

—*Break time.* Mi jefe estaba saturándome. Y así aprovecho para llamarte.

—Guay. Dime.

—¿Dime? —Imaginé que se ponía con los brazos en jarras—. ¿Es que estás enfadado conmigo?

—¿Yo?

—*Yes*. Te noto —lanzó el primer ataque— más amargado que de costumbre.

—Y yo a ti, demasiado feliz, teniendo en cuenta que no vamos a vernos en semanas.

No contestó, no de inmediato. Meditó la respuesta hasta que optó por cambiar de tema:

—¿Cómo está siendo el viaje?

—Horrible. Me estoy asando.

—Te dije que arreglaras el aire acondicionado.

—Y yo te dije que no puedo permitírmelo.

—No me habría importado pagártelo.

—A mí sí que me habría importado. Ya lo hablamos, ¿recuerdas?

Como si se preocupase por mí, añadió:

—*Leonard*, deja de fustigarte. No es culpa tuya que te hayan despedido.

—Oye. ¡Que no me han despedido! —Corregí—: La empresa se ha ido a pique.

—*Well*. Os han despedido —insistió—. A todos.

—¡Que no es lo mismo! —Traté de contenerme. En vano—. ¿Seguro que has estudiado Administración y Dirección de Empresas?

—*Of course*. Por eso predije el fracaso de vuestro negocio. Gracias a ello tienes un plan B.

El plan B: ponerme a trabajar en la granja de su tío, un señor de campo con tantos terrenos como fajos de billetes. Mi novia lo describía como una mezcla entre el Tío Gilito y el abuelo de Heidi.

—Claro, lo que tú digas —cedí y quise terminar con la tortura—: Cuelgo, ¿vale? Me pillas en muy mal momento. No tengo el manos libres instalado, estoy perdido en una carretera del monte y hace mucho, demasiado, calor. —Me sequé la frente con la muñeca—. Sudo más que tu abuela cuan-

do se comió aquella *francesinha* tan picante en el viaje a Oporto.

—*Leonard*, eres tan irritante...

—¿Irritante yo?

—*Yes*. Deja de protestar. Tan solo vas a pasar una temporada en Trespadejo. Ah, y no estarás solo.

—Lo sé. Estaré con la versión rural del tío de Donald.

—¿Trump?

—No, el pato.

—¿De qué hablas?

—¿De qué hablas tú?

—De que no vas a ser el único que ayude en la granja. Mi tío Conrado ha encontrado en la iglesia una persona dispuesta a trabajar contigo.

—Mierda. Lo que faltaba.

—A lo mejor es una persona encantadora.

—Encantadora será. Y aburrida. Que no me obligue a rezar o a bendecir los alimentos, eh.

—Estás insoportable.

No se lo iba a negar. Estaba insoportable, pero ella también. La relación en sí se había vuelto insufrible. Cualquier testigo de nuestras conversaciones —o mejor dicho, discusiones— sabría que estábamos mal. Y nosotros éramos conscientes de ello. Estaba convencido de que ambos pensábamos en dejarlo, pero ninguno tenía el valor necesario para hacerlo.

Llevábamos saliendo más de ocho años, desde la adolescencia, habíamos crecido juntos. Me resultaba casi imposible imaginarnos separados. Además, me acababa de conseguir un trabajo con un familiar suyo. ¿Cómo iba a romper? No podía hacerlo.

—Oye. Lo siento, ¿vale? —me disculpé—. Siento estar tan borde.

Esperaba que ella también me pidiera perdón.

Qué inocente.

—*Leonard*.

—Dime.

—Lo que yo siento es que vayas a estar con mi tío si vas a tener una actitud tan desagradable. ¡Pareces el amargado de mi jefe! —Bajó la voz—: *Fuck*. Casi me escucha.

Puse los ojos en blanco y mentí:

—Ahora te tengo que colgar. Estoy a punto de entrar en un túnel.

—¡Oh! Vale. ¡Conduce con cuidado!

«Tampoco es que este carro se pueda poner a dos ruedas», quise vacilar, pero me dediqué a despedirme:

—Venga, adiós.

—*Bye, bye*.

Para cuando corté la llamada, ya llevaba más de cuatro horas de viaje. No debía de quedarme mucho más.

—Qué ganas de llegar a Trespajuelo —celebré, aunque algo me sonó mal en la frase—. Espera. Era... ¿Trespator? No. ¿Trespaderne? Tampoco. ¿Cómo cojones se llama el puto pueblo?

Tras una pausa, recordé:

—Ah, sí. Trespadejo.

Al fin llegué.

El sol brillaba, los pájaros cantaban, los cerdos hacían lo que hiciesen los cerdos, y Paco me recibió con un fuerte abrazo. Era un señor entrado en años, robusto y fuerte, tanto que con aquel gesto de bienvenida casi me partió una costilla.

Con su ayuda, me instalé en una de las dos casas que tenía: concretamente, en una de las habitaciones de la segunda planta.

El cuarto no era nada del otro mundo y las vistas tampoco: daban a la pared de piedra de la otra vivienda y a la ventana abierta de uno de sus cuartos. «¿Será donde se aloje el religioso?», deduje al ver que la estancia se estaba ventilando. «Qué indiscreto», habría protestado, aunque lo que más me incomodaba era el penetrante olor a animal de granja que parecía estar pegado a las paredes y al mobiliario.

Para colmo, no había wifi y la cobertura era pésima.

—A ver qué hago yo en mi tiempo libre —pensé en voz alta.

—¿Tiempo libre? —repitió Vintage. Así era como llamaba mi novia a Paco por su estilo antiguo que parecía volver a ponerse de moda—. Aquí no hay de eso.

Me agarró del cogote de manera amigable y cambió de tema:

—¿Qué tal está mi sobrina?

Feliz, feliz de tenerme —tenernos— tan lejos.

Sospechaba que el verdadero motivo de mandarme a Trespadejo era quitarme del medio, dejarme tan abandonado como a su tío, de quien tan solo se acordaba en Navidades. Le mandaba un *christmas*. Y no lo hacía por cariño, ni siquiera por costumbre. Lo hacía por interés. Estaba obsesionada con el dinero y la cantidad de terrenos que poseía.

—Está muy bien —respondí.

—¿Os vais a casar?

Alcé las cejas y me separé de él.

—¿Qué?

—¡Los jóvenes de hoy en día sois muy lentos! —reprochó—. Yo me casé en cuanto tuve la oportunidad.

—Y no tardaste en divorciarte. —Mi novia me había contado toda su vida.

—¿Y? Lo feliz que fui el día de la boda, y lo feliz que fui el día que firmé los papeles del divorcio. Dos momentos má-

gicos. ¡Toma nota! —Me pegó una fuerte palmada en la espalda.

—¡Hostias! —protesté—. Me has torcido la columna vertebral.

Soltó una escandalosa carcajada y regresó al pasillo, donde se volvió hacia mí y me dio la bienvenida:

—Acomódate en tu nuevo hogar, muchachote. —Agarró la vieja puerta de madera—. Pero no demasiado.

La cerró de un portazo, me atizó una corriente de aire y me dejé caer sobre la cama.

—La que me espera.